



# Mitos clasificados 1

---

HOMERO, HESÍODO,  
SÓFOCLES, OVIDIO Y OTROS

Colección del  
**MIRADOR**

**Directora Editorial:** Graciela Valle

**Edición:** Karina Echevarría

**Secciones especiales:** Stella Maris Cochetti

**Corrección:** Mariano Sanz

**Jefe del Departamento de Arte y Diseño:** Lucas Frontera Schällibaum

**Diagramación:** Estudio 1283

**Coordinación de imágenes y archivo:** Samanta Méndez Galfaso

**Tratamiento de imágenes:** Pamela Donnadio, Máximo Giménez y Tania Meyer

**Imagen de tapa:** Thinkstock

**Ilustraciones:** Fernando Baldó

**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

Eurípides

Mitos clasificados 1 / Eurípides; Homero; Sófocles. - 2a ed. 6a reimp. -

Boulogne: Cántaro, 2015.

144 p.: il.; 19 x 14 cm - (Del Mirador)

Traducido por: Fernando Baldó

ISBN 978-950-753-287-0

1. Literatura Griega Clásica Griega. I. Homero. II. Sófocles. III. Baldó,  
Fernando, trad.

CDD 880

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2001

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-287-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Segunda edición, sexta reimpresión.

Esta obra se terminó de imprimir en noviembre de 2015, en los talleres de Gráfica Del Valle,  
Gral. Las Heras 5047, Villa Martelli, provincia de Buenos Aires, Argentina..

## Puertas de acceso

---

### ¿La mano de Dios?

1986. Campeonato Mundial de Fútbol en México. El equipo argentino avanza con éxito hacia la final: Diego Armando Maradona, el capitán del seleccionado, deja al mundo con la boca abierta ante la habilidad y ante la inteligencia de su juego. A medida que los rivales quedan en el camino, la fe de los “hinchas” crece, y la figura del jugador adquiere la dimensión de un héroe sagrado. De todos los partidos, el que se espera con más ansiedad es el que enfrenta a la Argentina contra Gran Bretaña, que había vencido a aquella hacía cuatro años en la dolorosa Guerra de las Malvinas. El primer gol ante el equipo inglés, Diego lo ejecuta con la mano, “la mano de Dios”<sup>1</sup>, dirá el futbolista irónicamente. Al decirlo, no imaginaba que, a los ojos de sus seguidores, no estaba lejos de la verdad. “Rey del mundo, Diego inmortal”, rezará el titular de un diario argentino después de la victoria. Aun sus mismos rivales lo aceptan: “Vencidos por el hombre mágico”, afirma la primera plana del *Daily Mail*.

Después de la victoria final contra los alemanes, el ídolo vuelve a Nápoles, donde lo espera la consagración definitiva:

---

<sup>1</sup> *Crónica*, 26 de junio de 1986.

*¿Cómo va a vivir como los demás Maradona en Nápoles si para la gente es tan patrono de la ciudad como San Genaro? ¿Cómo si todo es devoción? [...] Muchos aficionados se ataron con cadenas a las verjas en plena calle para que no los desalojaran del lugar donde pasaría Diego*<sup>2</sup>.

Maradona se había convertido en un mito.

### El mito clásico

En el relato anterior, hemos empleado términos como “fe”, “héroe sagrado”, “gloria”, “la mano de Dios”, “devoción”, que nos remiten al universo de los mitos clásicos.

En su definición más simple, el *mito* es un *relato de carácter sagrado, que resulta siempre fruto de una creación colectiva*. Como en el caso de Maradona, hace falta el consenso de las multitudes para que una figura, o un hecho, alcance la categoría de mito.

Todo mito encierra, tal como afirma Alonso Martín, “un núcleo de verdades naturales que se revisten, con la imaginación y las diversas experiencias históricas de los pueblos, de elementos y escenificaciones más o menos fantásticas”<sup>3</sup>. Tiene como fuente un hecho real (la victoria deportiva de un país sobre su histórico rival) sobre el cual la fantasía popular urde el relato mitológico (la colaboración de Dios con el equipo vencedor).

Con la ayuda de los arqueólogos, los estudiosos se esfuerzan por comprender estos datos históricos que generaron la explicación mítica. Un caso curioso es el de los cíclopes, gigantes con un solo ojo que estaban relacionados con el trabajo de los metales. Sobre ellos, afirma el mitólogo Robert Graves:

*Los cíclopes parecen haber sido un gremio de los forjadores de bronce de la Hélade primitiva. Cíclope significa “los de ojo*

2 *Crónica*, 2 de septiembre de 1986.

3 Citado por Gómez Pérez, Rafael en *Los nuevos dioses*. España, Rialp, 1986.

*anular” y es probable que se tatuaran con anillos concéntricos en la frente, en honor del Sol, la fuente del fuego de sus hornos [...]. Los cíclopes tenían también un solo ojo en el sentido de que los herreros se cubren con frecuencia un ojo con un parche para evitar las chispas que vuelan*<sup>4</sup>.

Si se considera, además, cuán primitivos debían ser los métodos para trabajar los metales, es lógico suponer que los herreros fueran hombres sumamente fuertes, que el lenguaje del mito transformó en gigantes.

### Mitos y leyendas

Por lo general, las palabras *mito* y *leyenda* se utilizan de modo indistinto. Sin embargo, es posible establecer entre ambos algunas diferencias, aunque, en muchos casos, los límites entre una y otra sean imprecisos.

El mito está directamente relacionado con lo sagrado, por lo tanto, sus protagonistas son dioses y héroes ligados a esos dioses, que los protegen o los ponen a prueba. Los hechos evocados transcurren en un tiempo impreciso, en el que las deidades tienen un trato directo y cercano con el hombre, como Atenea, que ayuda a su héroe favorito, Aquiles, en la guerra de Troya.

En las leyendas, no existe tal proximidad a los dioses y, aunque ocurren cosas maravillosas o aparecen seres sobrenaturales, estos hechos no se consideran sagrados.

Tomemos como ejemplo la leyenda del conde Drácula, inspirada en un personaje histórico: el sanguinario príncipe Vlad, que vivió durante el siglo XVI<sup>5</sup> y luchó contra los turcos. Aunque en su protagonista abundan los rasgos fantásticos —es un vam-

4 Graves, Robert. *Los mitos griegos*. Buenos Aires, Alianza, 1993.

5 Generalmente, las leyendas pueden localizarse en una época histórica determinada.

piro sobrenatural, un muerto viviente que sale por las noches a alimentarse de sangre humana, y solo se puede acabar con él clavándole una estaca de madera en el corazón—, no se lo considera una divinidad: no tiene atributos sagrados ni se le rinde culto. Por estas causas, pertenece al dominio de la leyenda.

En síntesis, el mito posee un carácter sagrado del que la leyenda carece.

### La religión griega

Los griegos, como muchos pueblos de la Antigüedad, eran politeístas<sup>6</sup>. Creían que el destino de los hombres era gobernado por una multitud de dioses que vivían en el monte Olimpo; por eso, se los llamaba *los olímpicos*. Esta concepción religiosa es el producto final de una larga evolución en el tiempo que comenzó en la prehistoria.

El ser humano siempre se ha preguntado cómo surgió el universo, cuál es el origen de los hombres, los animales, las plantas. Hoy busca la respuesta en la ciencia; los pueblos primitivos la encontraban en el mito.

Según la cosmogonía<sup>7</sup> griega, en el principio de todas las cosas, la Madre Tierra, Gea, emergió del Caos inicial y de ella surgió Urano, el Cielo. De estos dos seres elementales, nacieron los gigantes de cien brazos, la raza de los poderosos titanes y los cíclopes. Estos últimos se rebelaron contra Urano y, por esta causa, fueron encerrados en el Tártaro, el lugar más profundo de los Infiernos. Ofendida, Gea incitó al más joven de los titanes cuyo nombre era Cronos, el Tiempo, a desterrar a su padre. Cronos se apoderó del universo y gobernó junto a Rea, otra titán.

6 La palabra *politeístas* proviene del griego: *poli*, “muchos”, y *theo*, “dios”.

7 La palabra *cosmogonía* también es de origen griego: *cosmos*, “mundo”, y *gonos*, “nacimiento”.

De la sangre de Urano, el titán vencido que cayó al mar, nació Afrodita, la diosa del Amor y de la Belleza.

### El culto a los animales

Además de rendir culto a las potencias de la naturaleza, todos los pueblos primitivos adoraron a los animales<sup>8</sup>. Resabios de este periodo zoomórfico<sup>9</sup> de la religión griega aparecen en los relatos de los héroes más antiguos: Heracles (a quien los romanos llamaron Hércules) y Perseo, pues ambos se enfrentaron con seres monstruosos que tenían, al menos parcialmente, aspecto de animales. El infatigable Heracles venció, entre otros, al enorme león de Nemea, que tenía una piel que ni el hierro, ni el bronce, ni la piedra podían herir y, asimismo, Heracles destruyó a la Hidra de Lerna, con cuerpo de perro y nueve cabezas de serpiente. Por su parte, Perseo, cuyo nombre significa “el Destructor”, se enfrentó a Medusa, que tenía serpientes en lugar de cabellos.

En el año 1400 a. C. se inició la unificación de los diversos pueblos que habitaban el territorio griego, y comenzó a gestarse la religión de los dioses olímpicos. Poco a poco, estos dioses se impusieron a los animales deificados, aunque seguían asociados a ellos, porque cada deidad tenía un animal, o varios, que le estaban consagrados.

8 Los egipcios consideraban sagrados a los gatos, escarabajos, halcones, serpientes, hipopótamos... y fueron los creadores de fabulosas criaturas, productos de la combinación de diferentes seres, como en el caso de la esfinge, que tenía cuerpo de león y cabeza de mujer.

9 *Zoomórfico*, de *zoos*, “animal”, y *morphos*, “forma”.

# Los hombres y los dioses

---

EURÍPIDES Y OVIDIO

*Nota de la editora:* se consignan, en la bibliografía, las fuentes de los mitos seleccionados.

## Orfeo y Eurídice

Orfeo canta.

Canta recorriendo las praderas y los bosques de su país, Tracia. Acompaña su canto con una lira, instrumento que él perfeccionó agregándole dos cuerdas... Hoy la lira posee nueve cuerdas. ¡Nueve cuerdas... en homenaje a las nueve musas!

El canto de Orfeo es tan bello que las piedras del camino se apartan para no lastimarlo, las ramas de los árboles se inclinan hacia él, y las flores se apuran a abrir sus capullos para escucharlo mejor.

De repente, Orfeo se detiene: frente a él, hay una muchacha de gran belleza. Sentada en la ribera del río Peneo, está peinando su larga cabellera. Pero se detiene con la llegada del viajero. Ella viste solo una túnica ligera, al igual que las náyades que habitan las fuentes. Orfeo y la ninfa se encuentran cara a cara un instante, sorprendidos y encandilados uno por el otro.

—¿Quién eres, hermosa desconocida? —le pregunta al fin Orfeo, acercándose a ella.

—Soy Eurídice, una hamadríade.

Por el extraño y delicioso dolor que le atraviesa el corazón, Orfeo comprende que el amor que siente por esta bella ninfa es inmenso y definitivo.



—¿Y tú? —pregunta, por fin, Eurídice—. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Orfeo. Mi madre es la musa Calíope y mi padre, Apolo, ¡el dios de la Música! Soy músico y poeta.

Haciendo sonar algunos acordes en su instrumento —cuerdas tendidas en un magnífico caparazón de tortuga—, agrega:

—¿Ves esta lira? La inventé yo y la he llamado *cítara*.

—Lo sé. ¿Quién no ha oído hablar de ti, Orfeo?

Orfeo se hincha de orgullo. La modestia no es su fuerte. Le encanta que la ninfa conozca su fama.

—Eurídice —murmura inclinándose ante ella—, creo que Eros me ha lanzado una de sus flechas...

Eros es el dios del Amor. Halagada y encantada, Eurídice estalla en una carcajada.

—Soy sincero —insiste Orfeo—. ¡Eurídice, quiero casarme contigo!

Pero escondido entre los juncos de la ribera, hay alguien que no se ha perdido nada de la escena. Es otro hijo de Apolo: Aristeo, que es apicultor y pastor. Él también ama a Eurídice, aunque la bella ninfa siempre lo rechazó. Se muerde el puño para no gritar de celos. Y jura vengarse...

¡Hoy se casan Orfeo y Eurídice! La fiesta está en su apogeo a orillas del río Peneo. La joven novia ha invitado a todas las hamadriades, que están bailando al son de la cítara de Orfeo. De golpe, para hacer una broma a su flamante esposo, exclama:

—¿Podrás atraparme?

Riendo, se echa a correr entre los juncos. Abandonando su cítara, Orfeo se lanza en su persecución. Pero la hierba está alta, y Eurídice es rápida. Una vez que su enamorado queda fuera de su vista, se precipita en un bosquecillo para esconderse. Allí, la aprehenden dos brazos vigorosos. Ella grita de sorpresa y de miedo.

—No temas —murmura una voz ronca—. Soy yo: Aristeo.

—¿Qué quieres de mí, maldito pastor? ¡Regresa con tus ovejas, tus abejas y tus colmenas!

—¿Por qué me rechazas, Eurídice?

—¡Suéltame! ¡Te desprecio! ¡Orfeo! ¡Orfeo!

—Un beso... Dame un solo beso, y te dejaré ir.

Con un ademán brusco, Eurídice se desprende del abrazo de Aristeo y regresa corriendo a la ribera del Peneo. Pero el pastor no se da por vencido y la persigue de cerca.

En su huida, Eurídice pisa una serpiente. La víbora hunde sus colmillos en la pantorrilla de la muchacha.

—¡Orfeo! —grita haciendo muecas de dolor.

Su novio acude. Entonces, Aristeo cree más prudente alejarse.

—¡Eurídice! ¿Qué ha ocurrido?

—Creo... que me mordió una serpiente.

Orfeo abraza a su novia, cuya mirada se nubla. Pronto acuden de todas partes las hamadriades y los invitados.

—Eurídice... te suplico, ¡no me dejes!

—Orfeo, te amo, no quiero perderte...

Son las últimas palabras de Eurídice. Jadea, se ahoga. Es el fin, el veneno ha hecho su trabajo. Eurídice ha muerto.

Alrededor de la joven muerta, resuenan ahora lamentos, gritos y gemidos.

Orfeo quiere expresar su dolor: toma su lira e improvisa un canto fúnebre que las hamadriades repiten en coro. Es una queja tan conmovedora que las bestias salen de sus escondites, se acercan hasta la hermosa difunta y unen sus quejas a las de los humanos. Es un canto tan triste y tan desgarrador que, del suelo, surgen aquí y allá miles de fuentes de lágrimas.

—¡Es culpa de Aristeo! —acusa de golpe una de las hamadriades.

—Es verdad. ¡He visto cómo la perseguía!

—Malvado Aristeo... ¡Destruyamos sus colmenas!

—Sí. Matemos todas sus abejas. ¡Vengüemos a nuestra amiga Eurídice!

Orfeo no tiene consuelo. Asiste a la ceremonia fúnebre sollozando. Las hamadriades, emocionadas, le murmuran:

—Vamos, Orfeo, ya no puedes hacer nada. Ahora, Eurídice se encuentra a orillas del río de los infiernos, donde se reúnen las sombras.

Al oír estas palabras, Orfeo se sobresalta y exclama:

—Tienen razón. Está allí. ¡Debo ir a buscarla!

A su alrededor, se escuchan algunas protestas asombradas. ¡El dolor había hecho a Orfeo perder la razón? ¡El reino de las sombras es un lugar del que nadie vuelve! Su soberano, Hades, y el horrible monstruo Cerbero, su perro de tres cabezas, velan por que los muertos no abandonen el reino de las tinieblas.

—Iré —insiste Orfeo—. Iré y la arrancaré de la muerte. El dios de los infiernos consentirá en devolvérmela. ¡Sí, lo convenceré con el canto de mi lira y con la fuerza de mi amor!

La entrada en los infiernos es una gruta que se abre sobre el cabo Ténaro. ¡Pero aventurarse allí sería una locura!

Orfeo se ha atrevido a apartar la enorme roca que tapa el orificio de la caverna; se ha lanzado sin temor en la oscuridad. ¿Desde hace cuánto tiempo que camina por este estrecho sendero? Enseguida, gemidos lejanos lo hacen temblar. Luego, aparece un río subterráneo: el Aqueronte, famoso río de los dolores...

Orfeo sabe que esa corriente de agua desemboca en la laguna Estigia, cuyas orillas están pobladas por las sombras de los difuntos. Entonces, para darse ánimo, entona un canto con su lira. ¡Y sobreviene el milagro: las almas de los muertos dejan de

gemir, los espectros acuden en muchedumbre para oír a este audaz viajero que viene del mundo de los vivos!

De repente, Orfeo ve a un anciano encaramado sobre una embarcación. Interrumpe su canto para llamarlo:

—¿Eres tú, Caronte? ¡Llévame hasta Hades!

Subyugado tanto por los cantos de Orfeo como por su valentía, el barquero encargado de conducir las almas al soberano del reino subterráneo hace subir al viajero en su barca. Poco después, lo deja en la otra orilla, frente a dos puertas de bronce monumentales. ¡Allí están, cada uno en su trono, el temible dios de los infiernos y su esposa Perséfone! A su lado, el repulsivo can Cerbero abre las fauces de sus tres cabezas; sus ladridos llenan la caverna.

Hades mira despectivo al intruso:

—¿Quién eres tú para desafiar al dios de los infiernos?

Entonces, Orfeo canta. Acompañando el canto con su lira, alza una súplica en tono desgarrador:

—Noble Hades, ¡mi valentía nace solamente de la fuerza de mi amor! De mi amor hacia la bella Eurídice, que me ha sido arrebatada el día mismo de mi boda. Ahora, ella está en tu reino. Y vengo, poderoso dios, a implorar tu clemencia. ¡Sí, devuélveme a mi Eurídice! Déjame regresar con ella al mundo de los vivos.

Hades vacila antes de echar a este atrevido. Vacila, pues incluso el terrible Cerbero parece conmovido por ese ruego: el monstruo ha dejado de ladrar. ¡Se arrastra por el suelo, gimiendo!

—¿Sabes, joven imprudente —declara Hades señalando las puertas—, que nadie sale de los infiernos? ¡No debería dejarte ir!

—¡Lo sé! —respondió Orfeo—. ¡No temo a la muerte! Pues to que he perdido a mi Eurídice, perdí toda razón de vivir. ¡Y si

te niegas a dejarme partir con ella, permaneceré entonces aquí, a su lado, en tus infiernos!

Perséfone se inclina hacia su esposo para murmurarle algunas palabras al oído. Hades agacha la cabeza, indeciso. Por fin, tras una larga reflexión, le dice a Orfeo:

—Y bien, joven temerario, tu valor y tu pena me han conmovido. Que así sea: acepto que partas con tu Eurídice. Pero quiero poner tu amor a prueba...

Una oleada de alegría y de gratitud invade a Orfeo.

—¡Ah, poderoso Hades! ¡La más terrible de las condiciones será más dulce que la crueldad de nuestra separación! ¿Qué debo hacer?

—No darte vuelta para mirar a tu amada hasta tanto no hayan abandonado mis dominios. Pues serás tú mismo quien la conduzca fuera de aquí. ¿Me has comprendido bien? ¿No debes mirarla ni hablarle! Si desobedeces, Orfeo, ¡perderás a Eurídice para siempre!

Loco de alegría, el poeta se inclina ante los dioses.

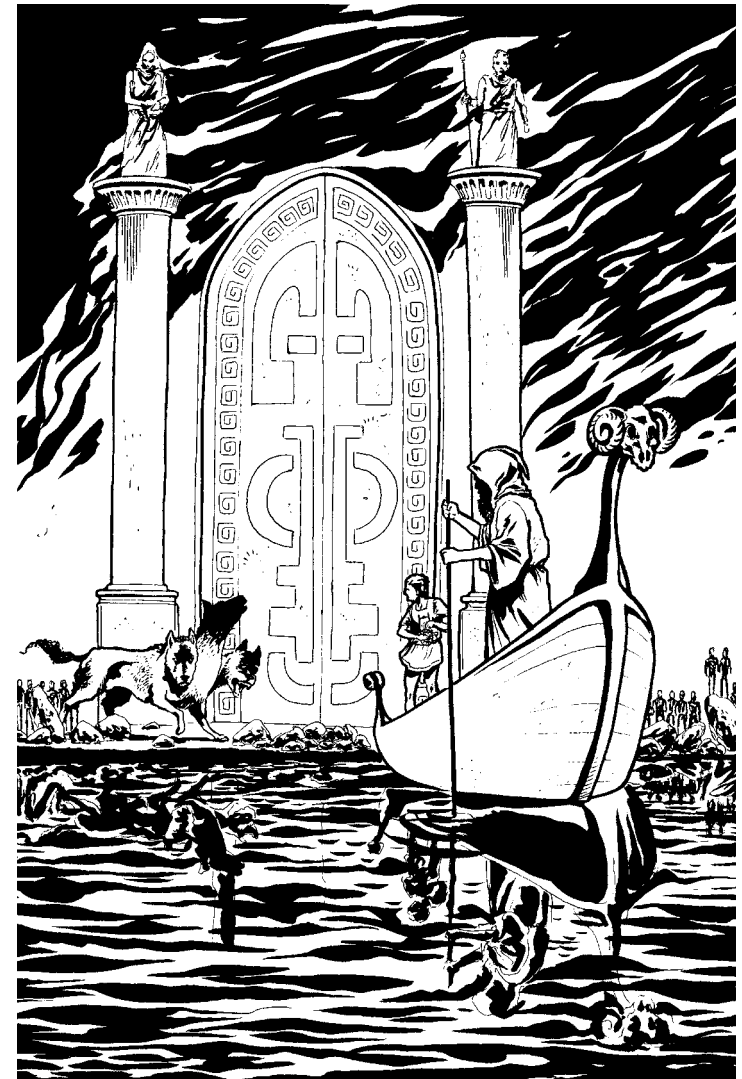
—Ahora vete, Orfeo. Pero no olvides lo que he decretado.

Orfeo ve que las dos hojas de la pesada puerta de bronce se entrecierran chirriando.

—¡Camina delante de ella! ¡No tienes derecho a verla!

Rápidamente, Orfeo toma su lira y se dirige hacia la barca de Caronte. Lo hace lentamente, para que Eurídice pueda seguirlo. ¿Pero, cómo estar seguro? La angustia, la incertidumbre le arrancan lágrimas de los ojos. Está a punto de exclamar: “¡Eurídice!”, pero recuerda a tiempo la recomendación del dios y se cuida de no abrir la boca.

Apenas sube a la barca de Caronte, siente que la embarcación se bambolea por segunda vez. ¡Eurídice, pues, se ha unido a él! Refunfuñando por el sobrepeso, el viejo barquero emprende el camino contra la corriente.



## Índice

---

<b>Puertas de acceso</b> .....	<b>3</b>
¿La mano de Dios? .....	5
El mito clásico .....	6
Mitos y leyendas .....	7
La religión griega .....	8
El culto a los animales .....	9
Los dioses olímpicos .....	10
¿Cómo eran los dioses? .....	11
Los atributos divinos .....	12
La función de los poetas .....	13
La vida después de la muerte .....	14
El culto a los dioses .....	14
Los héroes .....	15
Los oráculos .....	16
A modo de conclusión .....	17
<b>Los hombres y los dioses</b> .....	<b>19</b>
Orfeo y Eurídice .....	21
Filemón y Baucis .....	33

<b>Los hechos de los héroes</b> .....	43
Teseo y Ariadna .....	45
Dánae y Perseo .....	57
<b>El oráculo de Delfos</b> .....	71
Edipo .....	73
Antígona .....	85
<b>La guerra de Troya</b> .....	<b>95</b>
Paris y Helena .....	97
La cólera de Aquiles .....	107
El caballo de Troya .....	119
Penélope y Ulises .....	129
<b>Bibliografía</b> .....	139